

Históricas Digital

Guillermo Goñi

“Semblanza de Luis Reyes García”

p. 23-34

Luis Reyes García

In tlahtolli, in amoxtli. *La palabra, el libro. Conferencias y estudios inéditos sobre fuentes e historia nauas.*

Guillermo Goñi y Guilhem Olivier (selección de textos y edición),
Guillermo Goñi (presentación), Alfredo Martínez González
(prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2018

282 p.

Figuras

(Cultura Náhuatl, Monografías 36)

ISBN 978-607-30-1252-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/701/in_tlahtolli.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEMBLANZA DE LUIS REYES GARCÍA (1935-2004)*

El 22 de enero de 2004 murió en su casa de La Magdalena Tlatelulco, en Tlaxcala, el maestro Luis Reyes García. Con su partida nos quedamos sin el gran antropólogo indio, el nahuatlato extraordinario, el erudito historiador de la antigüedad mesoamericana. Desde entonces también extrañamos a el maestro generoso, el amigo atento, la persona sabia que no sólo conocía de asuntos académicos sino, sobre todo, de los asuntos menudos pero importantes —a veces dolorosos, a veces dichosos— de la vida. Yo lo conocí cinco años antes de su muerte. Llegué por primera vez a su seminario de náhuatl en la Universidad Autónoma de Tlaxcala el 23 de enero de 1999. De inmediato aprendí a admirarlo por sus muy extensos conocimientos, por su sabiduría. Como era un maestro al que le gustaba convivir con sus alumnos, muy pronto tuve oportunidad de visitar su casa después de la hora de clase, comer y conversar en sobremesas que con frecuencia alcanzaban las primeras horas de la noche; pude acompañarlo a fiestas y reuniones a las que lo invitaban sus muy numerosos amigos y compadres de su pueblo: La Magdalena Tlatelulco. Muy rápidamente la admiración se convirtió también en afecto. Conocíamos sus problemas de salud pero nunca pensamos que fueran graves, además, el cariño no nos permitía pensar en su ausencia, era tan importante para nosotros que sencillamente nuestros planes de vida no consideraban que él no estuviera cuando tanto bien nos hacía su presencia. Pero sucedió. Una mañana el maestro ya no despertó, así de sencilla —como él mismo— fue su partida. Esta semblanza y la bibliografía que la acompaña intentan hacer el recuerdo gozoso del académico, el maestro y el amigo. Conocí lo que realizaba durante sus últimos años en Tlaxcala; lo que hizo antes lo supe a través de sus pláticas, o de charlas con sus amigos que, otro

* Una primera versión de este texto fue publicada en *Tlahcuilo, Boletín del Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala*, Nueva Época, v. 2, n. 8-9, julio-diciembre 2009, p. 192-201.

motivo que agradecer, también se han convertido en los míos. Con su muerte perdí a un gran maestro y a un mejor amigo.

El maestro Luis Reyes García reunió una serie de condiciones excepcionales que le permitieron desarrollar una obra muy relevante en campos como la etnología, la historia y la lingüística. Nació en 1935 en Amatlán de los Reyes, Veracruz, en el seno de una familia campesina. Recordaba haber vivido una niñez feliz muy cerca de unos padres atentos y cariñosos, dedicado al juego como todos los niños; ajeno por completo a preocupaciones de tipo económico o social. Contaba que en la infancia él no tuvo conciencia de su pobreza, que no usar zapatos no era un asunto que marcara diferencias o que resintiera personalmente; entre sus amigos y compañeros de entonces nadie los usaba. Platicaba una anécdota que ilustra las condiciones de su niñez y del pueblo en esa época: su hermano Manuel, mayor que él, acudió a la escuela en pleno sexenio cardenista, cuando la educación, por ley, debía ser socialista; en esos términos se trataba de explicar el mundo a los niños de Amatlán, que a pesar de su cercanía con Córdoba debía ser todavía una pequeña comunidad rural. Don Luis recordaba que en una ocasión Manuel preguntó en su casa: —“Mamá ¿nosotros qué somos: burgueses o proletarios?”

Aprendió el náhuatl en su pueblo, pero no en la casa paterna sino en la de quienes él llamaba sus abuelas, con quienes se crió. Tuvo la oportunidad y la dicha de tener dos lenguas maternas: náhuatl y español; feliz circunstancia que sólo una de sus hermanas, Josefina, compartió con él. Ahí, en la casa de unas abuelas a las que recordaba con gran cariño y admiración aprendió no sólo la lengua, también algunos de los mejores aspectos de la cultura india mesoamericana que increíblemente siguen vivos a 450 años de una ocupación, una guerra y un sometimiento que trató de borrar su personalidad. Don Luis tuvo acceso a muchos conocimientos mesoamericanos tradicionales desde la perspectiva de dos grandes señoras, que le enseñaron otra cosa de la que él se mostraba muy orgulloso y que transmitió a sus alumnos y amigos con gran entusiasmo, la cultura india que vivió y conoció desde pequeño no era una cultura cerrada, enconchada en sí misma, conservadora o con miedo para salir al mundo como nos han querido hacer creer. Sus abuelas le enseñaron lo

mejor del mundo, y eso incluía asuntos de otras culturas: música y relatos extranjeros, viajes, comidas, y un largo etcétera. Quizá por eso una de las facetas de su carácter y su ser indio que mejor lo describían es, en mi opinión, que su amor por los pueblos indios nunca estuvo peleado con el gusto por conocer a otra gente, otros pueblos, otras culturas, sus creencias y costumbres, sus lenguas. No le gustaban esos grupos que promueven “los valores indígenas” por encima de otros, decía que eso también era racismo sólo que al revés. Su vocación de antropólogo era verdadera, creo que la mejor muestra era que estaba cimentada en un pensamiento que consideraba a la convivencia entre culturas, la tolerancia y el mestizaje como la verdadera riqueza de la vida. Dio muchas muestras de ello en su vida académica y personal. Conocida es su afición a comer y beber bien; jamás discriminó cocina, plato o vaso de cualquier parte del mundo o del país, “todo lo que se mueve se come”, era una frase muy suya. En ese sentido lo caracteriza bien la frase de un amigo suyo, Agustín García Alcaraz, quien lo definió como “un indio con gustos mediterráneos”. Sus viajes, que los disfrutaba y mucho, lo mismo podían incluir Holanda o Francia, que Haití y Marruecos; en todos lados su mirada era atenta, no juzgaba, trataba de comprender y, desde luego, de disfrutar.

Esa enseñanza, además de muchas otras de corte académico, es una de las que, personalmente, más valoro y agradezco, creo que es una magnífica forma de caminar por la vida: hacer todo lo posible por comprender, conservar y disfrutar la cultura propia, pero aprovechar también cualquier oportunidad para gozar lo mejor de otras. Las reuniones y las fiestas en su casa fueron la muestra, siempre con muy buena comida preparada por Alfredo Martínez. Tampoco faltaban los tragos; las clases de bebida no competían, convivían: brandis importados compartían la mesa con cerveza y pulque al gusto del comensal. Las que nunca faltaron fueron las muy sabrosas pláticas en las que aprendimos tanto como en el aula.

Su vocación por los estudios nahuas nació en Amatlán. Cuando era alumno de secundaria no sólo leyó y estudió los principales textos de historia antigua de la época; cuentan que le prestaron, ¡y leyó de principio a fin!, el primer volumen de *México a través de los siglos*. También preparó entonces lo que creo habrá sido su



primer trabajo académico, un vocabulario nahuatl-castellano de Amatlán de los Reyes. Su vocación por el estudio y el conocimiento de los pueblos indios fue descubierta por un investigador de la Universidad Veracruzana, Juan Hassler, que tuvo el buen ojo de reconocer su inmenso potencial y lo ayudó a trasladarse a Xalapa para que allí estudiara la Normal. En la capital del estado estuvo en contacto con Hassler y con los investigadores del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana que, convencidos de su brillante porvenir, le ayudaron a conseguir una beca para estudiar etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México, donde estuvo en la segunda mitad de la década de los cincuenta, asistiendo a la vieja escuela en la calle de Moneda; época que recordaba con cariño, sobre todo por sus maestros y compañeros.

Comenzó a hacer investigación cuando todavía era estudiante; en aquella época recorrió Chiapas durante temporadas en las que obtuvo material que utilizó en publicaciones posteriores. Incluso dirigió prácticas de campo de sus compañeros, tarea que según contaba él mismo le fue encomendada por el maestro Fernando Cámara Barbachano, quien sabía que el estudiante Luis Reyes García era gente de campo, lo que era y siguió siendo cierto. Otra faceta agradable de su estilo de vida es que fue capaz de combinar lo mejor de dos mundos que no parecían compatibles: el de la academia, el trabajo intelectual que desarrolló como un reconocido investigador, y el del campo, la muy noble y gratificante tarea de sembrar la tierra y obtener de ella el sustento, de la que nunca llegó a separarse del todo; en su casa de La Magdalena siempre hubo magueyes y milpa. Nada en él tan lejano como la imagen del investigador aislado en su torre de marfil.

Cuando finalizó sus estudios en la Ciudad de México regresó a Xalapa donde se desempeñó como profesor e investigador en la Universidad Veracruzana, desde 1960 hasta 1968. Fue la etapa de Luis Reyes García como etnólogo, como maestro en la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana y de su participación en el Instituto de Antropología, realizando trabajo de campo y publicando sobre la Huasteca, Amatlán y la sierra de Zongolica. También fue la época de sus primeros trabajos como nahuatlato. No podía olvidar sus raíces; sus diarios de campo de cuando trabajó en Cuauhixtlahuac —una pequeña

comunidad nahua de la Sierra de Zongolica— están llenos de frases y aun párrafos en esa lengua que allí era la de todos: la del pueblo, de sus informantes y, también la suya, la del investigador. De entonces es la primera noticia que tengo de su interés por los archivos, por los documentos antiguos, como lo muestran el artículo sobre el archivo de Zongolica y el “Testimonio sobre la fundación de Santo Tomás Ajusco” que publicó poco después. Ese interés por los repositorios de documentos antiguos, su capacidad como hablante del náhuatl y sus conocimientos sobre la gramática y la sintaxis del idioma poco a poco lo irían conduciendo a otro de los campos donde hizo obra importante: la edición y traducción de textos antiguos.

En 1968 —ese año que ha llegado a ser simbólico en todo el mundo— participó en un movimiento universitario por reivindicaciones salariales. En ese año perdió su empleo en Xalapa, pero si él perdió algo, la historia india ganó. Su siguiente trabajo le permitiría establecer relación con Paul Kirchhoff, uno de los grandes investigadores de la época, y precisamente quién definió el concepto de Mesoamérica. Si 1968 simboliza el espíritu rebelde, revolucionario, inconforme de la juventud más inquieta del siglo XX, también, por desgracia, recuerda la intransigencia y el espíritu bárbaro de muchos gobiernos del mundo. Por su destacada participación en ese movimiento el maestro Luis Reyes fue expulsado de la Universidad Veracruzana. Su estancia en ésa, su primera casa de trabajo académico, terminó con un atropello y una injusticia. Sin embargo, a lo largo de la siguiente década, no cesó de publicar trabajos acerca de la etnología y de la historia de Veracruz, algunos de ellos en revistas editadas por sus antiguos compañeros de trabajo en Xalapa.

Aunque poco después la Universidad Veracruzana trató de reparar la tontería cometida, don Luis ya estaba en otro centro de trabajo, la Fundación Alemana para la Investigación Científica, donde colaboró con el doctor Paul Kirchhoff. Su participación en un proyecto en Cuauhtinchan motivó que fuera a radicar allá, donde recorrió y reconoció sus alrededores, investigó y elaboró catálogos de los archivos de la región, acudió a otros más en las ciudades de Puebla y México; al final descubrió un caudal de documentos tan rico como muy pocos pueblos antiguos poseen. De esa colaboración con uno de los más destacados



mesoamericanistas —que apenas comenzaba cuando la muerte llegó por el doctor Kirchhoff—, resultaría una serie de obras, entre las que destacan: *Cuauhtinchan del siglo XII al XVII. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, un estudio que particulariza sobre la historia y la composición social de un *altepetl* prehispánico, y otra que en poco tiempo se convirtió en un clásico, la *Historia tolteca-chichimeca*, obra editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y por el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Esta última destaca por varias razones: la calidad del facsímil, el rigor y la precisión de la transcripción paleográfica, la magnífica traducción y, lo que se convirtió en un sello personal de don Luis y una característica de sus trabajos, las riquísimas y abundantes anotaciones al texto, que constituyen una obra paralela de investigación y análisis. La *Historia tolteca-chichimeca* fue la primera de un programa de publicación de fuentes en lo que entonces era el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que poco después se transformó en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, la casa de trabajo de Luis Reyes García desde entonces y hasta su muerte, donde trabajó como investigador desde la fundación misma de la institución.

El proyecto, tras la muerte del doctor Kirchhoff, quedó a cargo del maestro Luis Reyes García quien pronto reunió y ayudó a formar un equipo de nahuatlato. El impulso inicial ha fructificado en numerosas obras, en algunas de las cuales participó él mismo, otras en cambio son resultado del trabajo de otros investigadores. En *Documentos nauas de la ciudad de México del siglo XVI* —que pudiera servir como ejemplo de la vitalidad, y también de las dificultades, del proyecto ya que fue publicada hasta 1996— se distingue su análisis sobre “El término *calpulli* en documentos del siglo XVI”, en el que cuestionó muy sólidamente el uso que se ha dado a un concepto que aparece en la obra de Alonso de Zorita, pero casi en ningún otro documento, por lo menos no con el significado que le atribuyó el oidor, en particular si se trata de documentos escritos por indios. Por cierto, ese texto fue presentado originalmente en un Congreso de Americanistas y debido a su importancia circuló en fotocopias por años, antes de ser editado.

En 1971 publicó un pequeño trabajo en los *Anales* del Instituto Nacional de Antropología e Historia del que estaba muy orgulloso. En “Un nuevo manuscrito de Chimalpahin” informó que había identificado un documento en la Biblioteca Nacional de Antropología como parte de la obra del historiador indígena, autor de las *Relaciones*. El detallado análisis expuesto en el artículo es un ejemplo de la calidad de su trabajo. El fragmento identificado es ahora editado en el conjunto de la obra de Chimalpahin.

En 1980 comenzó otra etapa en la carrera de don Luis, ahora en Pátzcuaro, donde se involucró en el Programa de Etnolingüística que tenía el objetivo de formar profesionistas indígenas bilingües. Seguiría enseñando, dando clases, como ya lo había hecho en Xalapa, hasta 1968, y como lo hizo en la Universidad Iberoamericana en la ciudad de México durante la década de los años setenta; la diferencia fundamental fue que entonces sus alumnos eran indios, como él. De esa etapa conozco poco, pero sé que se comprometió con un proyecto que aspiraba a formar profesionales indios, de diversas lenguas y regiones de México, para que regresaran a sus comunidades con herramientas como la antropología, el conocimiento y la reflexión sobre su propia condición, para que pudieran trabajar en busca del mejoramiento, el desarrollo y el beneficio de sus pueblos. En sus obras de esa época se nota una preocupación que insiste en los indios como sujetos y no sólo como objetos de estudio; en el reconocimiento de que los indios integren sociedades dinámicas que viven un auge demográfico importante, que no se acabaron al momento de la conquista. Y que también viven con muchas carencias. Una de las más importantes se relaciona con la reflexión acerca de su propio pasado y su desarrollo en el futuro. Propone que los indios también son sujetos que deben tomar su destino en sus propias manos, y que para eso necesitan instrumentos de todo tipo, entre ellos los que se relacionan con el pensamiento y con el lenguaje propio. Criticó entonces las políticas nacionales acerca de las lenguas indias, la carencia de materiales de enseñanza y lectura propia y verdaderamente indígenas, así como la no existencia de materiales impresos en sus lenguas.

De Pátzcuaro, tengo entendido que por encontrar una sede más cercana a la ciudad de México, el maestro llegó a Tlaxcala



alrededor de 1988. El programa de etnolingüística se mudó de Pátzcuaro a San Pablo Apetatitlán. Aquí, en el estado más pequeño de la República, se encontró con una riqueza documental y una vitalidad cultural de raigambre mesoamericana que significaron un gran incentivo para su trabajo. Desde entonces enseñó en la Universidad Autónoma de Tlaxcala, en la escuela de Historia. Ésa también fue su casa. Ahí ganó el aprecio de alumnos, de compañeros maestros y de funcionarios. Impartió el curso de Historia de Tlaxcala. Todas las generaciones de historiadores tlaxcaltecas desde entonces, y hasta su muerte, fueron sus alumnos.

En Tlaxcala el maestro se encontró con un tipo de repositorio documental que no parece tener paralelo en ningún otro lugar de México: los archivos de fiscales. Estos archivos fueron creados por funcionarios de un gobierno local que tuvo sus orígenes en la etapa colonial y que luego no cupieron o no fueron bien aceptados, ni por el gobierno eclesiástico ni por el civil. En el sur de Tlaxcala todavía es muy fuerte la presencia de esta jerarquía tradicional de gobierno de la comunidad o del barrio, integrada por el fiscal, el merino, el macuil, el tequihua, etcétera, con muy fuerte raigambre localista y que, por lo menos ahora, no quieren saber nada ni de la Iglesia ni del gobierno.

Don Luis trabajó en la elaboración del catálogo de seis de esos archivos, los primeros fueron: San Simón Tlatlahuquitepec en el que registró 592 expedientes en español y 412 en náhuatl; Atlihuahuetzia con 650 en español y 300 en náhuatl; Acuitlapilco con 96 en español y 102 en náhuatl; y Zacatelco con 297 en español y 107 en náhuatl.

Esos archivos contienen testamentos, documentos de compraventa de tierras y problemas de linderos, correspondencia de los fiscales, conflictos internos del poblado, las llamadas memorias de fiscales que son documentos con registros detallados de los ingresos y egresos relacionados con el cargo, padrones o registros de tributarios por barrios, copias de documentos religiosos; también hay códices pictográficos y anales.

Con el tiempo, el maestro acumuló el suficiente prestigio y confianza para que las mismas autoridades tradicionales acudieran a él para presentarle sus documentos, para que valorara su importancia, e incluso para que escribiera por ellos su propia historia. Es el caso de dos pequeñas obras: el *Catálogo de los archivos*

históricos de Ixtenco y los *Documentos históricos de Cuauhixmatlac Atetecochco*; la publicación de esta última incluso fue sufragada en parte por la propia comunidad. Hubo otros casos como el archivo de San Francisco Tetlanohcan. Para realizar estos trabajos las comunidades recurrieron no sólo a un prestigiado investigador, sino a quien ellos consideraban un igual, alguien que hubiera podido ser miembro de su comunidad, alguien que compartía intereses, un compañero, alguien que, estaban seguros, valoraba la importancia de sus documentos no sólo como material para el ejercicio académico, sino como importantes instrumentos para el desarrollo y gestión propia de los pueblos.

A principios de la década de los años noventa, el maestro Luis Reyes se embarcó en otro proyecto que también brindó excelentes resultados: la edición de la colección *Códices Mexicanos del Fondo de Cultura Económica*. El equipo de investigación lo integraron él mismo, Ferdinand Anders y Maarten Jansen. Además de estupendos facsímiles, cada códice fue acompañado con un libro de análisis y una explicación detallada. Don Luis se propuso un acercamiento diferente, en ocasiones una verdadera lectura, en náhuatl por supuesto; sobresale su participación en los casos del *Códice Borbónico*, del *Códice Borgia* y de la *Matrícula de Tributos*.

De su estancia en Tlaxcala resultaron obras importantes, destacan desde luego los trabajos de catalogación de archivos en algunas comunidades; libros, como la *Escritura pictográfica en Tlaxcala* donde reunió y publicó sesenta y tantos códices tlaxcaltecas que había podido localizar cuando se publicaron en 1993. Vale la pena mencionar que a su muerte había podido localizar otros tantos, por lo que el número de códices tlaxcaltecas que registró supera la centena. Otras obras que editó fueron la *Historia cronológica de la noble ciudad de Tlaxcala* de Juan Buenaventura Zapata y Mendoza, junto con Andrea Martínez Baracs, y la primera edición completa de la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo; ambos manuscritos en la actualidad se encuentran en la Biblioteca Nacional de Francia.

Quiero recordar el seminario de lengua náhuatl de los sábados por la mañana en la Universidad Autónoma de Tlaxcala, donde yo lo conocí. Él mismo decía que era un seminario sin principio ni fin, que no se requería otra cosa para asistir que el gusto por aprender la lengua. Los que ahí participábamos nos preparábamos en



la lectura de textos escritos en náhuatl, al ritmo que nosotros mismos nos imponíamos. Normalmente cada quien tenía un documento sobre el que trabajaba y presentaba, cada semana, sus avances en la transcripción y un intento de traducción, primero literal, y luego un poco más libre, que el maestro escuchaba, comentaba y corregía. En ese proceso realmente nos enseñaba mucho más que el idioma, los textos nos llevaban a temas de historia y sociedad mesoamericana sobre los que él siempre tenía algo que enseñar.

Lo disfrutábamos mucho, era un maestro excepcional, en particular por su sabiduría pero no sólo por eso; el seminario comenzaba a las diez de la mañana, no era raro que él fuera el primero en llegar y lo encontraríamos leyendo su ejemplar de *La Jornada* que pasaba a comprar en el trayecto. También era frecuente que la sesión continuara en su casa a donde nos invitaba a comer y beber, allí seguíamos aprendiendo en conversaciones informales muy agradables.

Termino señalando que en esas reuniones del seminario nos contó que uno de los objetivos de su vida era proporcionar materiales para la historia de los pueblos indios —escritos directamente por ellos en su propia lengua—, acercarlos a los interesados en el náhuatl, a las personas que se dedican profesionalmente a la historia, pero sobre todo a los hablantes de la lengua. Creo que no me equivoco si afirmo que ése fue también uno de sus logros fundamentales, basta hacer el recuento de los documentos que publicó, y los que ayudó a otros a publicar, en los cuales los pueblos nahuas registraron su propia versión de la historia. Durante siglos nos hemos conformado con una historia india elaborada y contada desde una perspectiva extranjera, nos hemos conformado con las fuentes escritas en castellano por españoles que tuvieron la oportunidad de combatir o convivir con una civilización magnífica, única, original. Pero esos pioneros no tuvieron otro remedio que tratar de conocer los asuntos fundamentales de una sociedad que les era extraña con los medios y los conceptos que les proporcionaban su cultura y su época. Aunque las contribuciones de esos cronistas al conocimiento de los pueblos mesoamericanos son importantes, todavía hace falta escuchar y analizar lo que los indios dijeron acerca de su propia historia, su mundo y los importantes cambios que les tocó vivir. Ésa



fue la preocupación y el objetivo del trabajo académico del maestro Luis Reyes García, dar a conocer los materiales —que permiten conocer la historia, la sociedad, la política, la religión de los indios—, elaborados y narrados por ellos mismos. El conocimiento cabal de esos pueblos y de esa cultura —que era la suya—, no será posible si no se atiende a todas las fuentes, españolas e indígenas, y tampoco si no conocemos los documentos elaborados por ellos mismos en los que plasmaron su mundo con sus propios conceptos y explicaciones.

GUILLERMO GOÑI

Tizatlán, Tlaxcala, 13 de enero de 2006.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS